

VETTONES EN LA PROVINCIA DE ÁVILA

Jorge Piris Chozas

5º de Licenciatura en Historia (UCM) y 1º de Grado en Antropología social y cultural (UNED)

jorgepch86@hotmail.com

Resumen: Los vettones, de cultura celta, habitaban entre los ríos Duero y Tajo en parte de las actuales provincias de Zamora, Salamanca, Ávila, Cáceres, Toledo y Badajoz. Vivían en castros amurallados con torres, fosos y defensas mediante campos de piedras hincadas y dentro de una sociedad piramidal con la élite militar a la cabeza. La ganadería era su principal actividad e incineraban a sus muertos. La manifestación cultural más característica de los vettones eran los verracos y podrían ser: esculturas de piedra conmemorativas de victorias, monumentos funerarios, protectores del ganado o señalizadores de pastos y aguas.

Abstract: Vettones, of Celtic culture, lived among the rivers Duero and Tajo in the area of the actual provinces of Zamora, Salamanca, Avila, Caceres, Toledo and Badajoz. They lived in fortified hill settlements with towers, moats and defenses by nailed stone fields and within a pyramidal society with the military elite to the head. The cattle were their main activity and they used to cremate the dead people. The most distinctive cultural manifestation of Vettones were the verracos, and could be: stone sculptures commemorating victories, funerary monuments, cattle protectors, or markers of pasture and water.

Palabras clave: Vettones, celtas, Edad del Hierro, castros, verracos, Ávila, Valle de Amblés, Sierra de Gredos.

Key words: Vettones, celtic, Iron Age, hill forts, verracos, Ávila, Amblés Valley, Gredos mountain range.

Presencia de los vettones en la Península Ibérica

Los vettones, de origen celta, ocuparon hace unos 2.500 años la zona occidental de la Meseta de la Península Ibérica. Los conocimientos que tenemos de este pueblo nos han llegado a través de fuentes escritas griegas y latinas y de yacimientos arqueológicos.

Según Estrabón (*Geografía*, III.1.6; III.3.1-3), los vettones eran un pueblo poco romanizado y de costumbres bastante primitivas. Las noticias que nos ofrece sobre esta comunidad son muy vagas, pero partiendo de ellas sabemos que se asentó entre los ríos Duero y Tajo. Otros autores que también los mencionan son Apiano (*Historia Romana*, VI.56), Ptolomeo (*Geografía*, II.5.7), Polibio (*Historia General*, III.14), Tito Livio (*Ab urbe condita*, XXI.5) y Plinio (*Historia Natural*, IV.108). Ptolomeo, en su *Geografía*, cita topónimos vettones, algunos de los cuales son corroborados por Polibio, Tito Livio o Plinio. Ejemplo de topónimos son: *Salmántica*, nombre testimoniado también por Polibio (*Elmántica*) y Tito Livio (*Helmán-*

tica); *Augustóbriga* mencionado por Ptolomeo y Plinio; *Deóbriga*, nombrado por Ptolomeo.

En cuanto a los restos arqueológicos que nos han transmitido, éstos son numerosos: esculturas zoomórficas (verracos), cerámicas incisas y a peine, necrópolis, castros fortificados con piedras hincadas y fosos, etc.

Origen de los vettones

El momento de la llegada de los vettones a la Península Ibérica y su procedencia es un tema bastante controvertido. Hay autores, como Tovar, que, basándose en la existencia de elementos lingüísticos muy arcaicos, sugieren que los vettones habrían entrado en la Península en una de las oleadas de origen indoeuropeo y de carácter precéltico, de las que hay constancia desde finales del segundo milenio antes de nuestra era. Según Tovar (cfra. SALINAS, 2001: p. 55), hay rasgos lingüísticos arcaicos de una lengua precéltica atestiguados en topónimos como *Salmantica* (Salamanca) y *Salama(n)ti* (Río Tormes), que llevan el sufijo *-nt-* similar al de determinados ríos indios e irani-

os, y que llevan a ver en los vettones una oleada indoeuropea muy antigua. Estas gentes se habrían visto obligadas a replegarse sobre las sierras por la llegada de nuevos pueblos de origen céltico con una mayor superioridad bélica y cultural (VV. AA. 1979: p. 74). Y este pueblo indígena habría dado lugar a la *Cultura Cogotas I* (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2003b: p. 21).

Otros investigadores, como Cabré, consideran que los vettones formaron parte de una nueva oleada de origen indoeuropeo; esta vez sí son calificados como celtas, que atravesaron los Pirineos entre los siglos VIII y VI a.C. (DE LA VEGA, 2002: pp. 36-38) y se asentaron en Ávila, Salamanca y Segovia, entre los siglos VI y IV a.C. Estas gentes son consideradas los vettones históricos de la IIª mitad del Hierro, y artífices de la *Cultura Cogotas II I* (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2003b: p. 21).

Estos últimos autores demostrarían la procedencia celta de los vettones a través de los rasgos celtas presentes en los topónimos urbanos vettones que tienen la terminación *-briga*, claramente céltica, como *Augustóbriga*, *Deóbriga*, *Miróbriga*, *Caesaróbriga*, etc., y en su nombre, a los que los griegos llamaban *onéttones* y, posteriormente, los latinos *vettones* o *vectones*. Al parecer podría vincularse éste con una raíz celta *-vect* “lucha”, de este modo, su nombre significaría “los luchadores” (TOVAR, 1950: pp. 33-57).

Cultura vettona en la II Edad del Hierro

Los vettones vivían a ambos lados del Sistema Central, desde el Duero por el norte hasta las sierras de Guadalupe por el sur, en recintos amurallados llamados castros, situados en lugares elevados y de difícil acceso y junto a corrientes flu-



Fig. 1. Situación aproximada de los vettones en la Península Ibérica/ Autor: Papix

viales y a excelentes vías de comunicación (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2003a: pp. 33-38).

Ese emplazamiento de los castros se debía a una doble causa: económica y defensiva. Por un lado, se hallaban cercanos a recursos naturales: agua, tierras agrícolas, pastizales, bosques, minas, etc., que les aseguraba una producción autosuficiente y, por otro lado, ocupaban espacios altos, escondidos y bastante inaccesibles, lo que, junto a las defensas artificiales con las que contaban, los hacía muy seguros, casi invulnerables.

La distribución interior de los poblados encajaba con una sociedad autárquica, contaban con murallas, viviendas, talleres, corrales, campos de cultivo, etc. Las murallas no tenían solamente una función protectora, también ejercían el importante papel de delimitar el espacio habitable y hacerlo distinguible en el paisaje, de modo que un asentamiento pudiera verse y reconocerse desde lejos. El castro era el punto de referencia espacial de la comunidad dentro de su territorio, por eso las fortificaciones representaban la identidad colectiva de la población, y el poder de las élites que gobernaban la comunidad se veía reflejada en la grandiosidad y simbolismo de estas defensas (SÁNCHEZ MORENO y GÓMEZ PANTOJA, 2008: pp. 162 y 171-172). En cuanto a las viviendas dentro del poblado, las casas, dependiendo de la inclinación del terreno y de las rocas que afloraban en él, podían agruparse formando manzanas y calles, amontonarse irregularmente junto a la muralla o buscar protección entre grandes rocas de granito. Las viviendas eran chozas de suelo apisonado y de planta cuadrada, rectangular o trapezoidal. Sus muros estaban formados por un zócalo de piedra sobre el que se levantaba un muro de adobe o por gruesos muros de piedra que llegaban hasta la techumbre. El tejado era de retama o paja y barro sobre un armazón de madera (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2006: pp. 5-6). Las superficies domésticas oscilaban entre 50 y 300 metros cuadrados, dependiendo del territorio disponible y del tamaño y rango del grupo familiar. Solían dividirse en varias habitaciones: vestíbulo, cocina con bancos adosados de piedra en torno al hogar, corral, despensa y algún pequeño taller (SÁNCHEZ MORENO y GÓMEZ PANTOJA, 2008: pp. 176-177).

Algunos de estos castros, que en las primeras etapas de su existencia no pasaban de ser pequeñas aldeas fortificadas con superficies que oscila-

ban entre 0,5 y 3 hectáreas y alrededor de un centenar de habitantes, al final de la Edad del Hierro se habían transformando en grandes poblados llamados *oppida*, término latino utilizado por Julio César para referirse a las ciudades galas. Con superficies que variaban, en general, entre las 10 y las 25 hectáreas, miles de habitantes y con extensos dominios bajo su poder, estos castros se convirtieron en núcleos urbanos y en capital política de un territorio. Surgieron debido a la concentración demográfica, al desarrollo socioeconómico y tecnológico y al desarrollo político y militar coincidente y en parte motivado por la presión de cartagineses y romanos en el interior peninsular (SÁNCHEZ MORENO y GÓMEZ PANTOJA, 2008: pp. 163-164). En la provincia de Ávila encontramos importantes oppida: el castro de *Ulaca* llegó a tener de 60 hectáreas de superficie, el de Cogotas, 15; el castro de la Mesa de Miranda, 38; el de los Castillejos de Sanchorreja, 12 y el castro del Raso, 20 hectáreas.

La economía autárquica del pueblo vettón se asentaba en el aprovechamiento intensivo del medio. Se producía una intensa explotación de tierras y recursos naturales con el fin de asegurar la subsistencia y reproducción de su comunidad dentro de un patrón agropecuario y forestal (SÁNCHEZ MORENO y GÓMEZ PANTOJA, 2008: p. 177).

La agricultura se basaba principalmente en el cultivo de trigo, cebada y legumbres, sobre todo de habas y lentejas; también recolectaban frutos silvestres y bellotas y miel para endulzar los alimentos. Además aprovechaban la madera de bosques y montes para el fuego del hogar, las piras funerarias y la construcción de viviendas y muebles. Sin embargo, su principal medio de vida era la ganadería, debido sobre todo al tipo de tierras sobre las que se asentaban, poco aptas para el cultivo. Criaban bueyes, asnos y caballos como fuerza de tiro y vacas, ovejas, cabras y cerdos que, aparte de carne y leche con sus derivados, les proporcionaba pieles, huesos, cuero y cuernos que utilizaban para elaborar prendas, adornos y variados tipos de utensilios y vasijas. Su riqueza ganadera se pone de manifiesto con el hallazgo de tijeras de esquileo, cardadores, cencerros, esquilas, parrillas para el asado de carne y fusayolas y pesas para el trabajo textil de la lana entre otros objetos; pero destaca, sobre todo, con la producción de las esculturas de verracos por su posible función de marcar pastizales, agua y salinas.

También explotaron los recursos mineros y desarrollaron la metalurgia, convirtiéndose en grandes artesanos de objetos de bronce, hierro, oro, plata, y, en especial de armas (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2003a: pp. 49-114). Es más, parece indiscutible que se tuvieron en cuenta las posibilidades mineras de determinadas zonas a la hora de elegir los asentamientos y que estas expectativas mineras influyeron también en la concentración de castros en ciertas comarcas. En la zona meridional de Ávila hay depósitos de hierro en las Sierras de la Merina y Arroyo de la Higuera, próximos a los castros de las Cogotas y la Mesa de Miranda, y en la Dehesa de Postoloboso, entre el Raso y Candeleda, donde se encuentra otro importante castro vetton (SÁNCHEZ MORENO, 2000: pp. 209-211).

Los restos arqueológicos han demostrado que las élites vettonas mantuvieron un importante intercambio de productos y mercancías de lujo con intermediarios extranjeros cuando se consolidó su poder político. Este tipo de relaciones con mercaderes iberos, fenicios, tartessos, contribuían a reforzar su poder y su prestigio. Cerámicas, vajillas de bronce relacionadas con los banquetes aristocráticos, alhajas, armas, etc., son muestras de aquellos objetos suntuarios de los que disfrutaban los jefes y las minorías selectas. En algunas tumbas y perteneciendo a los ajuares de enterramiento se han encontrado bienes de prestigio de gran belleza y calidad. Una muestra de este intercambio de artículos entre vettones y otros pueblos foráneos es la “tumba de guerrero” de la necrópolis de la Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila), donde aparecen restos de un excepcional disco-coraza con placas decoradas exactamente igual a otro descubierto, a casi 500 kilómetros de distancia, en una tumba de la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia).

Otro tipo de intercambio que se produjo ya avanzada la Edad del Hierro, de carácter propiamente comercial, es decir, regulado por un sistema de mercado, se extendió por el interior peninsular, por lo que encontramos en los yacimientos vettones cerámicas pintadas ibéricas, fibulas y broches de cinturón de tipo orientalizante, hebillas de origen tartésico, etc. Este intercambio comercial en ferias y mercados locales provocó el auge de las ciudades, la activación socioeconómica y el desarrollo de las comunicaciones y los mecanismos de intercambio. A falta de moneda las

transacciones se hacían con productos naturales: pieles, mantas, cabezas de ganado, etc. (SÁNCHEZ MORENO y GÓMEZ PANTOJA, 2008: pp. 199-201).

La organización social de este pueblo tenía una estructura piramidal, con una élite militar en la cúspide. Después se encontraban los artesanos y comerciantes y finalmente la mayoría de la población. No se sabe con certeza si había siervos o esclavos. En cuanto a la propiedad, debieron de coexistir formas primitivas de propiedad comunal con la propiedad privada (BERROCAL-RANGEL y MORET, 2007: pp. 115-119 y 247). En sus enterramientos utilizaban la cremación de los cuerpos. Se quemaba en una pira el cadáver vestido con sus mejores galas, armas y adornos. Las cenizas y el ajuar eran llevadas al cementerio donde se enterraban directamente en el suelo o en unas vasijas de barro. En cementerios como Las Cogotas y La Osera, con cinco y seis sectores respectivamente, los enterramientos se distribuían por clanes o grupos familiares extensos, lo que indica la importancia del parentesco en este pueblo.

Celebraban sus cultos a la divinidad al aire libre, en la cumbre de una montaña o en un lugar elevado, en un claro del bosque, en una peña, en una cueva, en las fuentes, en los ríos, etc. Existen restos arqueológicos de santuarios a cielo abierto como el del castro de Ulaca. Los ritos que efectuaban, de sangre, fuego y agua, eran característicos de los pueblos ganaderos y en ellos ofrecían a sus dioses parte de sus riquezas como productos agrarios, animales de cabaña doméstica o de caza, leche e incluso cerveza.

Realizaron también unas esculturas zoomorfas talladas en piedra, y conocidas con el nombre de “verracos”, que son una de las manifestaciones arqueológicas más características de la cultura vettona. En ellas se representan principalmente toros y cerdos, sin embargo, cuando los detalles lo permiten es posible diferenciar asimismo el jabalí. En estas esculturas, modeladas en bloques de granito, aparecen el animal de cuerpo entero y el pedestal que lo sostiene. Estas burdas representaciones, unas estáticas y otras en actitud de movimiento, reproducen los ojos, las fauces, el hocico y los órganos sexuales del animal (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2003a: pp. 83-87 y 215-294).

Especialistas en la materia han especulado mucho a cerca de la función de estas esculturas



Fig. 2. Toros de Guisando, El Tiemblo (Ávila)/ Fotografía: Rafaelji

zoomorfas, sin llegar a una conclusión definitiva. Para Paredes de Nava los verracos eran puntos de referencia en antiguos caminos tradicionales de pastores trashumantes, teoría rebatida por Caro Baroja (2007: p. 172). Fernández Fuster piensa que algunas esculturas se utilizarían como estelas, cree que son sepulturas funerarias debido a las inscripciones latinas que muestran algunas de ellas, como es el caso de los Toros de Guisando (SALINAS, 2001: p. 60). Otros autores las han considerado divinidades de fuerzas naturales y José María Blázquez (1962: pp. 46-47) habla de la existencia de un culto al toro en la península. Para Juan Cabré, la finalidad de estas representaciones respondería a las formas de religión denominadas “animalismo”, a las leyes del culto de la magia de los pueblos primitivos (CABRÉ, 1929: pp. 39-40). Según Cabré estas esculturas estarían vinculadas a una magia de protección y reproducción del ganado, ya que se han encontrado verracos a la entrada de los recintos para guardar ganado. Más recientemente, Jesús Álvarez-Sanchís (2003b: pp. 278-294) propone que estas figuras serían hitos o delimitadores de pastos que indicaban que esas tierras en las que se encontraban pertenecían a las aristocracias residentes en los castros cercanos. El verraco sería un símbolo de poder de quien lo mandó realizar y, además, identificaría un grupo humano con el territorio que ocupaba. En la actualidad, un importante número de historiadores defienden la teoría de que estas esculturas estarían vinculadas a ritos de pro-

tección y reproducción del ganado, un elemento muy importante en la economía vettona. Se ha demostrado que la mayor parte de las esculturas se localiza junto a prados y pastizales de excelente calidad, cerca de manantiales y fuentes de agua (GRACIA ALONSO, 2008: p. 721).

Como podemos observar hay aún aspectos del pueblo vettón que son tema de investigación y de debate, como su origen y momento de llegada a la zona occidental de la meseta y la función de los verracos, esculturas zoomorfas tan representativas de este pueblo.

Para finalizar señalaré la relación que existe entre la cultura vettona y las rocas graníticas; éstas son un elemento fundamental en su vida. Las rocas son el recurso básico para construir murallas y viviendas; se utilizan como elementos de defensa: las piedras hincadas delante de las puertas de las fortificaciones; para marcar las tumbas; de ellas depende la estructura doméstica del poblado; con ellas se construyen los santuarios, los altares de sacrificios y los verracos.

Utilizan la piedra para adorar a sus dioses mediante los sacrificios y adoran a la piedra en esas toscas figuras zoomorfas que son los verracos. A los verracos, sacralizados, se los relaciona con ritos de protección del ganado, su fertilidad y reproducción de la especie, y de los hábitats vettones. El santuario de Ulaca es parcialmente “excavado en la roca”, el altar de sacrificios es “una gran piedra”, etc. En cualquier foto o imagen de cualquier castro vettón la piedra es la gran protagonista.

Asentamientos vettones en la provincia de Ávila

A finales de los años 20 y durante la década de los 30, en Ávila comenzaron a realizarse excavaciones y prospecciones, de carácter científico. Arqueólogos como Juan Cabré, Antonio Molinero, Joaquín M. Navascués y Emilio Camps Cazorla, exploraron los principales yacimientos de la provincia abulense (ÁLVAREZ-SANCHÍS y CARDITO, 2000: p. 27). Esta provincia castellano-leonesa dispone de una notable cantidad de castros vettones importantes que paso a describir brevemente a continuación basándome en los estudios realizados por Álvarez-Sanchís (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 2006: pp. 8-46).

El poblado de Los Castillejos de Sanchorreja

El poblado de Los Castillejos de Sanchorreja está situado a más de 1.500 metros de altura, en la sierra de Ávila. La gruesa muralla de piedra que fortifica este castro delimita tres recintos, uno principal o acrópolis y otros dos secundarios adosados a aquél. En este yacimiento se han recuperado cerámicas de incisión simple, escisión y boquique, al peine y, a veces, el peine asociado con el puntillado; y cerámicas con pintura monocroma y bicroma. También se han recogido cerámicas importadas de procedencia ibérica y bronceos vinculados al mundo oriental: fibulas, broches de cinturón, entre ellos una hebilla con grifo de origen tartésico, recipientes rituales, que demuestran la existencia de contactos con las poblaciones tartésicas del sur de la Península Ibérica. Y, próximos al poblado, se han encontrado hoyos o depósitos que se han relacionado con ritos de carácter fu-

nerario, con cerámicas decoradas, calderos, braseros rituales con asas de manos, etc., aunque también podría ser un espacio de culto asociado a banquetes rituales de la aristocracia.

Castro de Ulaca

Del castro amurallado de Ulaca, enclavado en la sierra de la Paramera, hay que destacar el santuario, el altar de los sacrificios y la sauna. El santuario, de planta rectangular y parcialmente excavado en la roca, tiene dos accesos, uno por el sureste y otro por el oeste. Se conservan también en algunos puntos sus paredes que llegan a alcanzar hasta 2 metros de altura. El altar de sacrificios es una gran piedra terminada en plataforma a la que se llega a través de dos escaleras. En esa plataforma superior se han tallado unas pequeñas cavidades comunicadas entre sí y unidas a pequeños canales que descienden hasta la parte más baja de la roca. Esos conductos permitían circular el líquido, la sangre de los animales sacrificados, vertido en las cavidades hasta la parte inferior de la gran piedra. En el centro del yacimiento se encuentra la sauna la cual está formada por una especie de semihipogeo, tallado en parte sobre un gran canchal de granito, y por muros de piedra en la parte norte. Se relaciona esta sauna con baños iniciáticos. Está dividida en tres estancias: un horno para fuego, una cámara con dos asientos para recibir el baño de vapor y una antecámara.

El castro consta también de dos canteras, de las que se extrajeron bloques de piedra para la construcción de las viviendas y de la muralla. Y en la ladera norte, había tres verracos que podrían



Fig. 3. Altar de sacrificios (Ulaca)/
Fotografía: Manuel Parada López de Corselas



Fig. 4. Sauna de Ulaca/
Fotografía: Xemenendura



Fig. 5. Necrópolis de la Osera. Castro de la Mesa de Miranda/ Fotografía: Eugenio Vega



Fig. 6. Muralla ciclópea del Castro de Mesa de Miranda/ Fotografía: Eugenio Vega

tener la función protectora de ganados o ser hitos demarcadores de pastos.

Castro de El Berrueco-Las Paredejas

El castro de El Berrueco-Las Paredejas se encuentra situado en las inmediaciones de las sierras de Gredos y Béjar. En el Berrueco se han hallado cerámicas hechas a mano y un importante conjunto de instrumentos de hierro: navajas de afeitar, escoplos, punzones, azuelas. En el yacimiento de Las Paredejas se han descubierto cerámicas locales e importadas, joyas y utensilios de bronce de inspiración tartésica y otros objetos exóticos de procedencia mediterránea. Entre estos últimos destacan una divinidad femenina de origen oriental y la diosa Shepesh sirio-canaanita.

Mesa de Miranda

En Mesa de Miranda, hay que destacar la necrópolis de la Osera, en ella se han identificado 2.100 sepulturas realizadas en hoyo, y 60 túmulos y encachados de piedra que encerraban varias urnas con cenizas. Son importantes también los ajuares metálicos encontrados, con más de 5.000 piezas rescatadas.

Los enterramientos se distribuyen en seis zonas, separadas entre sí. Se piensa que cada una de estas zonas podría corresponder a cada uno de los clanes o linajes que vivía en el poblado. Se han encontrado cerámicas elaboradas a mano y decoradas con incisiones o impresiones y cerámicas pintadas y fabricadas a torno. Los ajuares funerarios han sido fundamentales para clasificar el armamento de tipo celta y la panoplia guerrera en

España y para mostrar los diferentes grupos sociales dentro de la casta militar.

El castro estaba rodeado por una muralla de piedra dividida en tres recintos contiguos con torres y bastiones. Los dos primeros estaban protegidos por un foso y campos de piedras hincadas delante de las puertas. El recinto más interior y más protegido era una acrópolis. El tercer recinto tenía una puerta en esviaje. Del interior y de los alrededores proceden varias esculturas de piedra que representan toros y cerdos (BERRO-CLA-RANGEL y MORET, 2007: pp. 237-255).

El Raso

El castro amurallado de El Raso se encuentra en la vertiente meridional de la Sierra de Gredos. Sus casas tenían un zócalo de mampostería (piedras desiguales ajustadas y unidas con argamasa) y partes altas de tapial (material hecho de tierra amasada y apisonada) rematadas al interior y al exterior con un enlucido. La planta era de forma cuadrada o rectangular, con un porche cubierto y adosado a la fachada delantera. En porche, y con un banco a cada lado de la puerta, se desarrollaba la vida familiar al aire libre y se realizaban pequeñas actividades domésticas. En el interior, había un hogar central, en torno al que se distribuían el resto de las estancias.

En las casas grandes un vestíbulo daba paso a la estancia principal, la cocina, con el hogar donde se preparaban los alimentos y un banco adosado al muro. Alrededor de la habitación principal, había otras estancias que harían la función de almacén o incluso cuadra. En las casas de El Raso es habitual encontrar una especie de corral



Fig. 7. Detalle de la muralla del castro celta de El Raso/
Fotografía: Miguelmie



Fig. 8. Reconstrucción de la puerta principal. Castro de las
Cogotas/Fotografía: Eugenio Vega

delante de las viviendas, que pudo ser utilizado para tener recogido el ganado menor.

Se han localizado en el yacimiento herramientas de hierro, moldes, crisoles y lingotes de metal que hacen referencia a una importante actividad metalúrgica; además de molinos de mano, pesas de telar y fusayolas, diversos tipos de vasijas, y grandes tinajas de provisiones con vestigios de escritura en forma de marcas de alfarero o nombres de indígenas. También se han hallado denarios romanos republicanos y varios escondrijos de joyas de oro y plata. En el exterior del castro se ha localizado un santuario al aire libre dedicado al dios local Vaélico, que se relaciona con el lobo.

Las Cogotas

Las Cogotas es un castro amurallado situado junto al río Adaja en la sierra de Ávila. Está formado por dos recintos fortificados, levantados en la II Edad del Hierro, uno alto o acrópolis y otro bajo considerado como encerradero de ganados. El poblado tiene seis puertas y la principal tiene forma de embudo para mejorar la defensa.

El poblado presenta diferentes zonas. Los ajuares domésticos encontrados indican que en la acrópolis viviría la élite y en el recinto inferior, la mayoría de la población. En la zona sur del segundo recinto hubo un importante alfar en el que se elaboraban productos cerámicos, y también un gran basurero.

La necrópolis se encontraba cerca de la puerta principal del castro. Los enterramientos estaban repartidos en cuatro zonas bien diferenciadas que podrían responder a diferentes familias. Los ajuares funerarios encontrados permiten

distinguir cinco rangos distintos: elites ecuestres con elementos de prestigio: arreos de caballo, espadas y cuchillos, escudos y adornos con incrustaciones de plata; guerreros, individuos con algunas armas (lanzas y cuchillos) y artesanos (especialmente con punzones); gente con adornos de bronce como fíbulas, cuentas de collar y otros; gente con fusayolas, urnas decoradas y algún anillo y el resto de tumbas sin ajuar (casi un 85% del total).

La dominación romana modificó las características del hábitat vetón. El territorio se organizó en función de los usos agrícolas del suelo, se instauró un centralismo político y administrativo nunca antes conocido y los campamentos militares estimularon el desarrollo urbano y la aparición de una nueva red de comunicaciones. Todo esto dio lugar a que los viejos núcleos ganaderos de las Cogotas, La Mesa de Miranda o Ulaca comenzaran a despoblarse y se asentara su población en la vega, seguramente el lugar que hoy ocupa Ávila, cuya aparente semejanza con la ciudad vettona de *Óbula*, mencionada por Ptolomeo, ha dado lugar a que se la identifique con la ciudad actual. Surgieron, a finales del siglo I a.C., pequeños núcleos en el llano que fueron ocupando los suelos más productivos, produciéndose una concentración de la población del valle en torno a un lugar central alimentado por los viejos núcleos vettones. Lo mismo sucede con el castro de El Raso de Candeleda, el cual se despuebla seguramente en época de Julio César, y su población debió trasladarse a *Augustobriga* (Talavera la Vieja) o *Caesarobriga* (Talavera de la Reina).

En un intervalo de tiempo de aproximadamente cincuenta años, entre la llegada de Julio César a *Hispania* y la intervención de Agripa para sofocar el último levantamiento de cántabros y astures, el 19 a.C., casi la totalidad de las comunidades de Ávila se había adaptado a los beneficios romanos. Por entonces, la edad de oro de los castros vettones había llegado a su fin (GRACIA ALONSO, 2008: pp. 726-727).

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.; *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerrománicos en el occidente de Iberia*, Akal, Madrid, 2003a.

—; *Los vettones*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2003b.

—; *Guía Arqueológica de Castros y Verracos. Provincia de Ávila*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 2006.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. y CARDITO, L. M.; *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Castilla y León, catálogos e índices*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2000.

BERROCAL-RANGEL, L. y MORET, P.; *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente Atlántica en su contexto Europeo*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2007.

BLÁZQUEZ, J. M.; *Religiones primitivas de Hispania*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid-Roma, 1962.

CABRÉ AGUILÓ, J.; *Excavaciones en las Cogotas, Cardenosa (Ávila), I: El Castro*, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1929.

CARO BAROJA, J.; *Los pueblos de España*, Vol. 1, Alianza Editorial, Madrid, 2007.

GRACIA ALONSO, F.; *De Iberia a Hispania*, Ariel, Madrid, 2008.

SALINAS DE FRÍAS, M.; *Los vettones: indigenismo y romanización en el occidente de la meseta*, Europa Artes Gráficas, Salamanca, 2001.

SÁNCHEZ MORENO, E.; *Vettones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2000.

SÁNCHEZ MORENO, E. (coord.) y GÓMEZ-PANTOJA, J. L.; *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica: La Iberia prerromana y la Romanidad*, Sílex, Madrid, 2008.

TOVAR, A.; “Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península”, *Zephyrus*, Vol. 1, 1950, pp. 33-57.

VEGA, T. De la; *Los pueblos de la España prerromana*, Akal, Madrid, 2002.

VV. AA.; *Memorias de historia Antigua*, Instituto de Historia Antigua, Oviedo, 1979.



Licencia de Creative Commons
Este obra está bajo una [licencia de
Creative Commons Reconocimiento-
CompartirIgual 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/es/).

Número ISSN: 2253-6434



ARQUEO_UCA